



Arrecife: entre la huida y la desesperanza

Ricardo Santana Santana

La pretensión de este escrito no es más que tratar de aproximarse a algunas de las claves que puedan ayudarnos a mejorar, en una pequeña parte, la comprensión de los complejos problemas que plantea la realidad de Arrecife. Para ello partimos de dos supuestos: el primero, la necesidad de bucear en el pasado para entender el presente y, el segundo, la imposibilidad de abarcar el fenómeno que supone cualquier metrópoli sin relacionarla estrechamente con el territorio circundante, con mayor motivo si nos referimos a un espacio insular.

Historia antigua

Las características geográficas, climatológicas y la demografía configuran en Lanzarote una situación económica y social peculiar que afecta decididamente a su realidad urbanística, a la manera de poblar y utilizar el territorio. Un suelo pobre y la imposibilidad de mejorar sus resultados productivos mediante el uso del agua o de los fertilizantes de una cabaña bovina inexistente dan lugar, como no podía ser de otro modo, a una población escasa, a cierta dispersión sobre el territorio y a una notable escasez de recursos. Valga el resumido comentario para explicar el hecho de que en Lanzarote la tradición nos muestra la existencia de un modelo basado en la construcción de viviendas unifamiliares aisladas y diseminadas por el paisaje; fenómeno al que contribuyó también, decididamente, la inexistencia de fuentes de agua alrededor de las que agruparse y la forma en que estaba repartida la propiedad de la tierra.

Todo ello da lugar a unos poblamientos dispersos. De hecho, salvo el núcleo central de Teguise, no encontramos en la isla pueblos con

"El modelo que surgió de la actividad de Manrique tiene poco que ver con la ecología, y mucho más con la promoción turística"

*"El modelo
acabó
moviéndose
entre
Disneylandia y
Palm Beach"*

una calle o plaza mayor alrededor de los que pueda girar la vida pública de sus habitantes. La consecuencia de la falta de estos cascos urbanos es la existencia de una cierta desagregación social; carecemos históricamente de la costumbre de agruparnos significativamente para resolver los problemas de la esfera pública. El territorio y la pobreza nos han marcado. El ágora de la ciudad antigua, donde nació la cultura más elaborada y la ciudadanía, no fue posible en nuestra isla.

Un nuevo modelo: llega el turismo

En la década de los 60 comienza a adquirir una notable importancia el turismo de masas en nuestro país; la urbanización salvaje de las costas peninsulares se produce a ritmo vertiginoso. Como siempre, los más sensibles, cultos o aventureros comienzan a buscar nuevos destinos: menos masificados, más exclusivos, más especiales en suma. En este contexto retorna a la isla César Manrique y arriban los primeros turistas, esos que se ofenderían si los llamáramos turistas, los que componen la avanzadilla del turismo de masas, que les sigue después en la búsqueda de nuevos destinos.

Parece lógico pensar que el Lanzarote prácticamente virgen de comienzos de los años 70 fuera un *marco incomparable* para recibir a la avanzadilla. Es innegable que Manrique, aunque no sólo él, supo ver las enormes posibilidades del territorio y enseñar a sus paisanos que la lava podía ser algo más que un malpaís. Aunque no siempre se manifieste así, la principal aportación del artista a su isla fue la de haber sido su gran patrocinador turístico, haber contribuido decisivamente a darnos de comer a todos con el lanzamiento de una industria que hoy genera más del 90% de la actividad económica conejera.

En aquel momento parece que, entre otras cosas, dos fenómenos diferentes contribuyeron a moldear lo que se pretendía hacer en la isla. Por una parte, el lógico rechazo al modelo seguido para la colonización de la costa mediterránea, con sus Benidorm y sus Torremolinos; por otra, la creciente americanización de las sociedades europeas, en las que el adosado se ofrecía como paradigma de felicidad, de dulce hogar. En estas condiciones, e inspirándose también en lugares como Ibiza, surgió un modelo en Lanzarote que se vendió, y se sigue vendiendo, como el no va más del urbanismo ecológico. Manrique fue erigido en estandarte, pero los apoyos y la comunión con la propuesta se extendieron a buena parte de la sociedad lanzaroteña, con los ecologistas conejeros a la cabeza.

El modelo que surgió de la actividad de Manrique, con el apoyo

entusiasta de El Guincho, tiene poco que ver con la ecología, al menos como la entendemos hoy en día, y mucho más con la promoción turística. No es extraño si recordamos la admiración de Manrique por el modelo urbanístico de los *suburbials* norteamericanos, concretado, por ejemplo, en el entusiasmo con que hablaba de las casitas, céspedes y palmeras de Palm Beach y la incompreensión que mostraba ante el hecho de que Madrid creciera hacia lo alto cuando, decía, podía extenderse perfectamente hasta Valladolid en casas de poca altura y espacios verdes. Evidentemente cualquier ecologista tiene que estar de acuerdo, actualmente, en que si algo caracteriza a un modelo de ocupación del territorio como éste es el ser completamente antiecológico, fundamentalmente por la ingente cantidad de territorio que ocupa. Bien es verdad que resulta siempre peligroso el volcar sobre el pasado las ideas que hoy nos resultan evidentes: posiblemente no nos demos cuenta de que antes las cosas podían verse de otra manera.

En cualquier caso, el modelo acabó moviéndose entre Disneylandia y Palm Beach. El parque de atracciones se convirtió en Los Centros Turísticos y las casitas de Palm Beach dieron lugar a la *lanzacasa*. Seguro que en la cabeza de Manrique no estaba el que todo acabara al servicio del turismo de masas. Pero cuando uno diseña centros turísticos es seguro que quien pone el dinero tratará de llenarlos de turistas; como también parece probable que si nos empeñamos en codificar una casa estándar (hasta el punto de decidir el color de la carpintería) no sea para ser utilizada, precisamente, por las élites; la estandarización es más adecuada para una utilización masiva.

Los años 80: éxito del modelo y boom turístico

En la mente de todos está el triunfo absoluto del modelo a que nos referíamos, y el éxito no podía ser otro, tal y como se realizó el proyecto, que la consecución de un boom turístico masivo. Quizá convenga recordar, porque a menudo se olvida, que el impulsor - Manrique- no dejó de participar también en el trabajo concreto: hoteles, complejos de apartamentos, etc. Quede claro que no es nuestra intención demonizar a Manrique, ni mucho menos, sino dejar claro que la notabilísima aportación que legó a su isla natal no está exenta de algún matiz de gris, no todo es tan blanco como lo pintan ahora las continuas apologías de su figura, a la que flaco favor se le hace con un comportamiento tan acrítico.

En esta etapa queda cosificada la *lanzacasa*: construcción que se decía basada en la arquitectura tradicional lanzaroteña. En realidad, el parecido con la tradición es prácticamente inexistente, como ocurrió con todo; se trataba de adaptar para la estandarización una ima-

"Frente a la nueva imagen idílica y estereotipada para el turismo, Arrecife mostraba una realidad que avergonzaba"

gen de Lanzarote que poco o nada tiene que ver con lo que realmente había, pero que, sumada a la obligatoriedad del blanco, ha conseguido una uniformización de la isla que, en algunos casos, llega a ser excesiva. Parece un chiste, pero han llegado a surgir *policías* de la autenticidad de la *lanzacasa* que persiguen a los disidentes hasta en la prensa. Siempre encontraremos a alguien más papista que el papa.

Es en este contexto en el que tenemos que enmarcar la situación de Arrecife. Frente a la fiesta generalizada y la construcción de una realidad artificial en el resto de la isla, y sobre todo en sus núcleos turísticos, se encontraba la única construcción real y asentada de la isla: la capital, en la que vive, además, el 50% de la población lanzaroteña. Frente a la nueva imagen idílica y estereotipada para el turismo, Arrecife mostraba una realidad que avergonzaba, una realidad que no se quería recordar.

"Curiosa noción de la calidad y de la vida la que defiende vivir lo más aislado posible de tus semejantes"

Vivir en Arrecife comenzó a ser visto como un síntoma de escasa representación social. El patrimonio histórico y cultural de la ciudad, a pesar de su realidad, dejaba traslucir la auténtica condición de la tradición lanzaroteña, y en este ambiente de nueva riqueza todos, ciudadanos y políticos, prefirieron mirar hacia otro sitio. Como en muchos otros momentos de la historia occidental parecía que el progreso requería la eliminación de un pasado poco presentable: se trataba, como siempre, de comenzar a construir, también, un nuevo pasado. Arrecife ha sido desde entonces el patito feo de todo el cuento. No puede extrañar que ante el éxito del modelo comenzara a producirse la huida de la capital de todos aquellos que podían permitírselo.

La americanización de Arrecife

La huida era la solución, ya que, en medio de un modelo que giraba entre Disneylandia y Palm Beach, a la capital le tocó el papel de Harlem, el lugar donde tienen que vivir los que no pueden huir. Cuando los pudientes abandonan una ciudad, como ocurre en los Estados Unidos, ésta se empobrece, se marginaliza. La construcción de espacios, edificios y centros cívicos decentes para la vida urbana es imposible cuando los ricos abandonan la ciudad. La escasa representatividad de Arrecife y la obsesión por la casa terrera han conseguido que varios miles de habitantes hayan abandonado la ciudad: la élite buscando territorio virgen, algunos incluso la misma lengua de lava que Manrique; la clase media se conformó con constituir su *suburbial* de medio pelo en Playa Honda.

La americanización se terminó de concretar con la construcción de

los centros comerciales importantes fuera de la ciudad. Un modelo que despilfarra territorio en un lugar donde, precisamente, la escasez de éste es una de las características más señaladas. Lo curioso es que la razón esgrimida por la inmensa mayoría de los que huían de Arrecife era ganar *calidad de vida*. Curiosa noción de la calidad y de la vida la que defiende vivir lo más aislado posible de tus semejantes, y coincidiendo, además, con el cuestionamiento del modelo en su lugar de nacimiento, los USA: en donde cada vez más, se llega a la conclusión de que la calidad de vida se produce en la concentración y la confrontación de las ciudades tradicionales de Europa, y no en el aislamiento y el individualismo que genera una organización urbana como la de Palm Beach.

Arrecife: la malquerida

Lo que decimos puede comprobarse en muchos detalles. A pesar de ser el centro administrativo y, hasta la fecha, comercial de la isla, Arrecife es una ciudad que parece casi un desierto una vez que cierran comercios y oficinas. En una urbe con este clima sería incomprensible, si no, que un lugar como el Charco no estuviera poblado de terrazas donde convivieran los arrecifeños. Con una marina como la existente, vivimos de espaldas al mar. En suma: Arrecife se convirtió en el garbanzo negro de Lanzarote, la *malquerida*.

Y todo ello acentuado por coincidir con la transición de pueblo a ciudad, con las dificultades añadidas que ello conlleva. Un lugar en que la inadecuación para el uso intensivo del automóvil era claro, uso que se incrementa notablemente por el hecho, ya mencionado, de que muchos de los que trabajan en la ciudad vivan fuera de ella. Para dejar sitio al tráfico, las aceras se ajustaron al tránsito en fila india; y si se colocaba un árbol, ni eso, así que se optó por no plantarlos. La mezcla entre la casa tradicional unifamiliar de un pueblo y la casa terrera impidió construir ciudad: Arrecife creció entre multitud de solares vacíos y con los barrios en el quinto infierno. Más dificultades para que surja una auténtica vida ciudadana.

Como colofón, la propia arquitectura. En un lugar donde los ricos han huido no esperemos que se construya representativamente. De hecho, los mismos promotores que se adecuaban a un estándar de mayor calidad cuando construían en las zonas turísticas bajaban el listón en la capital; o no había demanda o no había dinero para una construcción de más calidad. En Arrecife parecía que la arquitectura se hacía contra la ciudad. Lo cierto es que esto no ha cambiado mucho: recientemente nos han inaugurado el que, quizás, podría ser catalogado como el edificio más horroroso, cursi y pretencioso construido en los últimos años en nuestro país; que sea, además, el

"En Arrecife parecía que la arquitectura se hacía contra la ciudad"

que alberga al gobierno de la isla no deja de tener su miga. No obstante, en esto de la arquitectura algo tendrán que decir todos esos arquitectos tan preocupados por sus *lanzacasas*, con su piedrita negra incluida, en el resto de la isla y que luego firman lo que firman en la capital.

"Comienza a haber gente que no piensa en Arrecife como un escaparate para turistas"

En este terreno, es sintomático que en una isla donde todo el mundo se llena la boca con la palabra ecología los criterios bioclimáticos en la construcción brillen por su ausencia. El edificio del Cabildo puede servirnos, nuevamente, como ejemplo de construcción que no respeta ni uno de esos criterios bioclimáticos: es un edificio que funcionará a base de derrochar petróleo, en este caso convertido en aire acondicionado. En cualquier caso, no parece que sobre conciencia ecológica en una isla en que el lugar donde vive el 50% de la población está como está, por no hacer bromas sobre cómo huele.

La cultura en Harlem

Todo el mundo parece estar de acuerdo, al menos en teoría, en que la cultura es un baremo importante a la hora de valorar el estado de una ciudad. Si Arrecife debe ser el centro cultural de la isla, tampoco en este campo existen motivos para ser muy optimista. Si comenzamos con lo primario: la lectura, la principal biblioteca de la isla, la del Cabildo, tiene menos libros de los que tiene en su casa mi amigo el culto. En el terreno artístico tenemos un museo en el que el arte parece que se hubiera terminado hace ya unos cuantos años, o al menos desde entonces no se ha hecho nada nuevo en él, quizá es que sin presupuesto no se puedan realizar actividades o mejorar los fondos de la institución. Mientras, en este mismo terreno, si uno quiere ver una sala de exposiciones digna de tal nombre tiene que recurrir a las revistas. En lo que al cine respecta nos remitimos al número anterior de esta revista, y a un amigo nuestro que todavía recuerda cuando proyectaban cine en El Almacén. La música culta a 20 Kms. de la ciudad dos o tres veces al año, salvo la honrosa excepción del Festival de Música Audiovisual. Del teatro no sabemos si alguien recuerda que se construyó una sala junto al Conservatorio, aunque parece que a EL arquitecto no le encajaba la caja del escenario.

Por lo que a la cultura respecta, sí que dan ganas de salir corriendo de Arrecife. Ya es hora de que nuestras autoridades culturales abandonen la obsesión por las grandes obras y pongan a funcionar lo que tenemos, que tampoco es tan caro. Lo que necesitamos no es arquitectura sino acontecimientos e infraestructura cultural; repartamos los eventos por unos cuantos espacios ya existentes en Arrecife, basta con acondicionarlos. Si tenemos que estar esperando

a las grandes construcciones tendremos que seguir viendo la televisión un montón de años más.

La alternativa: Arrecife como centro turístico

Se ha hablado mucho de Arrecife en los últimos años: alternativas serias pocas, pero hablar mucho. No puede extrañar que, en el marco que hemos tratado de retratar, la mayoría de las alternativas hayan incidido en la cosmética, no en una ciudad para la convivencia de sus habitantes. Se ha hecho más hincapié en la triste imagen que damos a los visitantes que en las dificultades de vivir en la ciudad a diario. Por ello se han buscado soluciones decorativas y no ciudadanas. De qué otra manera se puede calificar, por ejemplo, el que nuestros artistas puedan pintarnos de colores las fachadas o medianeras de las casas dentro de un, significativamente, llamado plan de excelencia turística.

Lo cierto es que en la Disneylandia de la que hablamos, todo tiende a convertirse en espectáculo para visitantes, en centro turístico. Cómo entender si no el que algunos hayan planteado que la solución a buena parte de los problemas de nuestra ciudad sea construir un puerto deportivo, en la bahía para más *inri*. Pensarán, tal vez, que los arrecifeños van a estar todo el día en su barco, tan felices; o ¿no será, más bien, que contemplan tan sólo la necesidad de impresionar a nuestros visitantes y la continuidad de la fiesta de nuevos ricos a la que nos referíamos? Unas fachadas coloreadas, un puerto deportivo, un palacio de congresos..., todo perfecto pero ¿qué hacemos con los ciudadanos? ¿los mandamos a todos a vivir a la lava? Queremos una ciudad, no un escaparate, por muy bueno que pueda ser el escaparatista, que en nuestra isla es siempre un artista, y la verdad... uno no sabe muy bien por qué.

Cambiar el modelo: crear ciudad.

En los últimos tiempos han surgido algunos indicios de que comienza a haber grupos que tratan de contribuir a la construcción de una ciudad diferente, que no piensan en Arrecife como un escaparate para turistas. Posiblemente, el grupo más significativo lo constituya el colectivo "Ciudadanos por Arrecife", cuyo trabajo sobre el litoral de la ciudad, que se publica en este mismo número, ha causado más de una sorpresa entre el poder político y económico: resulta que no eran cuatro cantamañanas, que su alternativa es bastante más seria que la inconcreta visión de la ciudad que emana de nuestro ayuntamiento; y más razonable y acorde con los tiempos que la locura que la autoridad portuaria plantea para nuestro litoral: resumiendo, venderlo por parcelas. En esta misma línea, destacar la

"La ciudad existe mientras todos participemos en ella, si no se convierte tan sólo en cemento y alquitrán"

mayor dedicación de El Guincho a problemas de la capital una vez que la locura constructiva de las zonas turísticas ha remitido.

Podemos unir a lo anterior el hecho de que un grupo empresarial se plantee construir viviendas de lujo en el Arrecife Gran Hotel, aunque este tipo de iniciativas esté de momento constreñido únicamente a la avenida marítima, no deja de ser un síntoma el que alguien piense que vivir en algún lugar de Arrecife puede ser un lujo. A pesar de los problemas que pueda crear, o de la ambivalencia del fenómeno, no deja de ser también reseñable el que los jóvenes de nuestra ciudad hayan dejado de ir masivamente a las zonas turísticas a “tomar las copas” y se hayan aposentado en su ciudad, bien es cierto que hay maledicentes que atribuyen la bonanza económica de la calle Jose Antonio a los controles de alcoholemia de la Guardia Civil más que al amor por la ciudad, pero por algo se empieza.

Sobre el tipo de ciudad que desde el movimiento verde se puede defender nos remitimos al artículo de Enric Tello en esta misma revista. Pero, en cualquier caso, tenemos que conseguir que cuando se hable de Arrecife todos seamos conscientes de que hablamos de nosotros, no sólo de quienes nos ven. Es imprescindible pensar en la ciudad como algo vivo, como algo que construimos entre todos y, por lo tanto, defender cualquier vestigio de vida colectiva o de patrimonio cultural de la ciudad. Por poner un ejemplo: ¿que ha pasado con uno de los acontecimientos culturales y cívicos más importantes ocurridos en Arrecife?, nos referimos al nacimiento de El Almacén, aportación fundamental de Cesar Manrique a la creación de ciudad, de espacio ciudadano en Arrecife. La conclusión es obvia: no se puede dejar la ciudad en manos, exclusivamente, de los políticos. La ciudad existe mientras todos participemos en ella, si no se convierte tan sólo en cemento y alquitrán.

Si bien es cierto que resulta difícil conseguir que nuestros políticos y empresarios abandonen la ideología del centro turístico para la ciudad, no lo es menos que los cambios importantes tienen que surgir de la sociedad, de eso que algunos llaman la *sociedad civil* (que no hay otra). Defender *lo nuestro* consiste sobre todo en luchar por dignificar la ciudad donde habita más de la mitad de los lanzaroteños, mucho más que estar pendientes de códigos para *lanzacasas*, muretes de piedra o picón y piedras blancas en los bordes de las carreteras. Lo más real que hay en Lanzarote, histórica y sociológicamente, es Arrecife; no nos avergoncemos de nosotros mismos ni de nuestro pasado, son las únicas herramientas, junto al conocimiento del presente, que tenemos para construirnos un futuro mejor, o lo que es lo mismo: un Arrecife mejor.

"Lo más real que hay en Lanzarote es Arrecife, no nos avergoncemos de nosotros mismos ni de nuestro pasado"